

**DISCURSO DE ACEPTACIÓN**  
**PROMOCIÓN EN LA LEGIÓN DE HONOR**  
**EMBAJADA DE FRANCIA EN MADRID, 13 DE ENERO DE 2010**

Señor Embajador

Queridas y queridos amigos todos.

Me siento muy honrado por recibir esta promoción en la Legión de Honor.

No es la primera vez que el Gobierno de Francia y sus Presidentes me han honrado. En su momento lo fue el Presidente De Gaulle. Luego, el Presidente Mitterrand y en esta ocasión el Presidente Chirac. Cada vez que me encuentro en estas circunstancias, y el de hoy es un honor particularmente importante, varios sentimientos se sobreponen en mí: tengo el convencimiento de que los logros que puedo haber tenido, y que usted, Señor Embajador ha recordado con tanta generosidad, son parte de esfuerzos colectivos y, por tanto, siento la necesidad de recibir tan importante distinción en nombre de todos los que acompañaron y me acompañan en la exaltante vida que me ha tocado vivir.

Honra hoy Francia, con esta promoción, a un ciudadano uruguayo, nacido en España. Y esto es una muy buena muestra de nuestras historias enlazadas. En efecto. La primera condecoración de la Legión de Honor fue dada por las propias manos de Napoleón Bonaparte en 1804. Cuatro años después, los soldados del Emperador ocupan España, creando las condiciones para la gesta de la independencia de las naciones americanas, muchas de las cuales celebran en este año, su nacimiento como Estados.

No empezaba ahí la presencia de Francia en nuestra América. En su momento lo hizo la Enciclopedia, leída con avidez por las élites criollas. Pero fueron los grandes ideales de la Revolución Francesa que encendieron la imaginación y la esperanza de los criollos, de los mismos españoles que vivían en el nuevo mundo y de las poblaciones que tenían acceso a la educación. Francia no dejó nunca de influir con sus ideas en ese crisol social americano. Como tampoco dejaron de tenerlos los grandes ideales del federalismo americano o del liberalismo político inglés. Hijos de una monarquía española, hoy moderna y ejemplarmente democrática, los criollos optaron por los ideales republicanos de la revolución francesa. La libertad, la igualdad y la fraternidad. Tres grandes ideales que al decir del maestro Octavio Paz iluminaron las grandes gestas de un siglo XIX en busca de la libertad, de un siglo XX angustiado detrás de la igualdad y de un siglo XXI, que deberá ser, en respuesta al ideal de fraternidad, el gran siglo de la solidaridad entre hombres y naciones y entre ambas y la naturaleza.

Nuestra joven América está todavía en construcción, integrando las poblaciones originarias largamente relegadas, dando forma aún a estados inclusivos y abiertos, con sus culturas mestizas cada vez más integradas en sus sociedades y cada vez más presentes en el mundo. Francia y España son hoy dos de las naciones más pujantes de una misma Unión Europea, que vive finalmente en paz y de la cual aspiramos en América a estar cada vez más cerca.

Yo siento una profunda admiración por la presencia de Francia en la historia y su influencia creadora en la cultura universal. Estas vivencias las aprendí y las cultivé de manos de la educación de mi país, el Uruguay, amigo de Francia y de su lengua, pero también convencido tributario de la cultura francesa y en particular de sus políticas educativas. En esas políticas me formé. Mi vinculación con la cátedra francesa alimentó, en forma especial, mi labor y mi mensaje docente e, inspirado en los principios de la planificación francesa, pude dirigir la elaboración del primer plan de desarrollo del Uruguay.

Francia sigue siendo hoy, una referencia esencial en el mundo, tanto por su cultura como por su capacidad para crear instituciones que dan forma a las potencialidades de sus pueblos y edifican el Estado. La comunidad iberoamericana le debe mucho. Como bien dice un dicho popular francés, "il faut de tout pour faire un monde", hace falta de todo para hacer un mundo. America Latina, heredera de la cultura y los valores ibéricos, ha sido, y sigue siendo, enriquecida por el gran aporte de la cultura francesa.

El mundo actual, en permanente construcción, no puede darse el lujo de perder los ideales que inspiraron aquellas revoluciones francesa y americana, cimientos de los derechos humanos. De aquellos ideales de libertad, igualdad y fraternidad se forjaron, a través de un largo y penoso camino, nuestras actuales democracias.

Sin embargo, los fenómenos críticos de los últimos meses, han vuelto a poner sobre la mesa las preocupaciones por una globalización deshumanizada y salvaje. Una globalización así concebida perdería el alma de aquellos ideales.

No quedan ya territorios ignotos, ni zonas inaccesibles. El planeta está totalmente habitado y, cada vez más, su supervivencia depende de nuestras acciones: su futuro está en nuestras manos. Es el ser humano quien tiene la llave de su destino y estoy convencido de que ese destino está marcado profundamente por la necesidad de profundizar aquellos ideales.

Este alto honor es un reconocimiento sin duda muy generoso de los años que, junto a tantos colaboradores, he dedicado a la lucha por la gobernabilidad democrática, el desarrollo y la integración. Hoy, en mi condición de Secretario General Iberoamericano, soy especialmente sensible al recibir esta distinción en la Casa de Francia en Madrid.

Siempre he tenido confianza en el hombre, y nunca he perdido la esperanza en el logro de estos objetivos. Y lo he hecho con la misma convicción que expresa Antoine de Saint Exupéry en "Terre des Hommes": "Etre homme, c'est précisément être responsable. C'est sentir, en posant sa pierre, que l'on contribue à bâtir le monde".

"Ser hombre es, precisamente, ser responsable. Es sentir colocando su piedra, que se contribuye a construir el mundo"

Por eso, tal vez, he llegado hasta aquí. Por eso espero que, en el correr de los años, se confiera tan alto honor a otras personas que sigan creyendo en la posibilidad de transformar el mundo.

Y que lo hagan con fe en aquellos ideales de libertad, igualdad y de fraternidad -tan actuales hoy como hace doscientos años- que sirvan a la solidaridad y a la Paz entre los pueblos de este mundo y en los espíritus de sus gentes. Ideales que simbolizará para siempre esta noble distinción.

Es esta solidaridad iberoamericana la que debe hacerse presente en un día como hoy, frente a la terrible tragedia que enluta a Haití, país francófono y pionero en las independencias latinoamericanas. Recordemos a sus víctimas y seamos sus socios activos en la reconstrucción del hermano país.

Señor Embajador, nuevamente muchas gracias a usted y a todos los presentes, y le ruego transmita al Señor Presidente de la República mi especial saludo y mi reconocimiento.